

泣く、笑う、生きる。

Llorar, reír, vivir

Simplemente Yokoi Kenji



PAIDÓS EMPRESA

Yokoi Kenji

Llorar, reír, vivir

泣く、笑う、生きる。

Simplemente Yokoi Kenji

PAIDÓS EMPRESA

Índice

Prólogo 11

Introducción

Simplemente

Yokoi Kenji 13

Capítulo 1

そういうことなんだ **Sō iu koto**

Así son

las cosas 17

Capítulo 2

アルバイト **Arubaito**

Trabajo a

medio tiempo 21

Capítulo 3

なんでもいい **Nandemo ii**

Cualquier cosa 27

Capítulo 4

お家 **Ouchi**

Hogar 33

Capítulo 5

蜘蛛 **Kumo**

Araña 39

Capítulo 6

天国と地獄 **Tengoku to Jigoku**

Cielo e infierno 43

Capítulo 7

みみず **Mimizu**

La lombriz 47

Capítulo 8

ポップコーン **Poppukon**

Palomitas de maíz 53

Capítulo 9

愛犬 **Yume**

Soñar 57

Capítulo 10

玉ねぎ **Tamanegi**

Cebolla 63

Capítulo 11

闇猫 Yamineko

Los gatos de la noche 69

Capítulo 12

Yamineko

Simbolismos

(Los gatos de la noche) 73

Capítulo 13

狂った天才 Kurutta Tensai

El genio loco (Parte 1) 77

Capítulo 14

狂った天才 Kurutta Tensai

El genio loco (Parte 2) 81

Capítulo 15

苦しみ Kurushimi

El sufrimiento 87

Capítulo 16

ごえい Goei

El trapero 91

Capítulo 17

踊れ Odore!

¡Baila! 97

Capítulo 18

悪魔 Akuma

¡El diablo es mío! 101

Capítulo 19

犬 Inu

Perro 107

Capítulo 20

忍者 Ninja

Ninja 111

Capítulo 21

生きろ Ikirol!

¡Vive! 115

Capítulo 22

石 Ishi

La piedra 119

Capítulo 23

鏡 Kagami

El espejo de

Matsuyama 125

Capítulo 24

白鳥 Shiratori

Houdini japonés 129

Capítulo 25

言葉 Kotoba

Las palabras 133

Capítulo 26

素晴らしい Subarashii!

¡Maravilloso! 137

Capítulo 27

お腹空いた Onaka suitea!

¡Tengo hambre! 141

Capítulo 28

無理 Muri

Imposible 143

Capítulo 29

知らない Shiranai

No lo sé 147

Capítulo 30

聖なる Seinaru

Lo sagrado 151

Capítulo 31

話せ! Hanase!

¡Habla! 155

Capítulo 32

蠍 Sasori

El escorpión 159

Capítulo 33

良いマリア Yoi Maria

La buena María 163

Capítulo 34

水俣 Minamata

Minamata 167

Capítulo 35

唇 Kuchibiru

Labios 171

Capítulo 36

大波 Ōnami

Gran ola 177

Capítulo 37

太郎 Tarō

Tarō 181

Capítulo 38

手紙 Tegami

365 cartas 185

Capítulo 39	
騷 Shitsuke	
Disciplina	189
Capítulo 40	
オオカミ Ōkami	
Las pestañas del lobo	193
Capítulo 41	
ピエロ Piero	
El payaso	207

Epílogo	
El alma muca	213
Agradecimientos	
感動 Kansha	219
家族 Kazoku	220

Capítulo 1

そういうことなんだ

Sō iu koto

Así son las cosas

“La sabiduría exige un precio desmesurado.
Por eso abundan los genios, pero los sabios son raros”.

Yokoi Kenji

Así son las cosas.

El monje era venerado en la aldea. Querido por todos, respetado por su serenidad y sabiduría. Pero un día, un escándalo sacudió su nombre.

Una joven de familia adinerada, tras semanas de llanto y silencio, confesó estar embarazada. Y cuando sus padres le exigieron el nombre del responsable, ella señaló, sin dudar, al monje del templo.

La noticia corrió como fuego entre la gente. Pronto, una multitud se agolpó a las puertas del templo. Gritos, insultos, miradas cargadas de indignación.

Cuando los padres de la joven se enfrentaron al monje, él los escuchó en silencio. Luego, con la misma calma de siempre, dijo solo estas palabras:

—Así son las cosas.

La ira de la familia no disminuyó. “Al nacer el niño, volveremos. Y te harás cargo de él”.

Los seguidores del templo no esperaron más. Desilusionados, recogieron sus cosas y se marcharon. Solo se quedaron una anciana, un joven jardinero y un gato.

El monje los miró y repitió, con un suspiro:

—Así son las cosas.

Meses después, la mujer dio a luz a un niño hermoso. Pero ni su inocencia calmó el rencor de su familia. Cumpliendo su palabra, fueron al templo, dejaron al bebé en los brazos del monje y dijeron:

—Es tu hijo. Tú te harás cargo.

Por primera vez, el monje sintió el peso de la incertidumbre. Pero al mirar al niño en sus brazos, respiró hondo, acarició su pequeña frente y dijo con ternura:

—Así son las cosas.

Pasaron un par de años. La reputación del monje había desaparecido, pero eso no parecía importarle. Dedicó su vida al niño, lo cuidó con amor, le contó historias bajo la luna. A su lado, el pequeño creció fuerte y feliz.

Hasta que un día, la joven madre volvió.

Con los ojos llenos de lágrimas, confesó la verdad. El niño no era hijo del monje. En su desesperación, había inventado la historia para ocultar su amor prohibido con un joven del mercado de pescado.

Su familia, destrozada por la vergüenza, se arrodilló ante el monje y le imploró perdón. “Déjanos criar al niño. Déjanos reparar nuestro error”.

El monje escuchó en silencio. Luego, con el corazón apretado por el desapego, tomó al niño en sus brazos una última vez, besó su frente y con voz firme dijo:

—Así son las cosas.

Por más que nos sorprenda, las injusticias no son nuevas. Son tan antiguas como la humanidad misma.

Lo que sigue inquietándome no es la mentira en sí, sino la ira que despierta la injusticia. El fuego que nos consume cuando nos acusan falsamente.

Un hombre, acusado de asesinato, mató a su acusador para probar su inocencia.

Un esposo, cegado por los celos, acusó a su mujer de mirar a otro hombre, aunque ella ni siquiera se había fijado en él... hasta que su propio esposo lo señaló.

Los héroes del cine destruyen ciudades enteras en nombre de la justicia.

Aprender a defenderme de la injusticia fue fácil. Señalar, alzar la voz, desafiar con la mirada, golpear la mesa. Eso lo aprendí sin esfuerzo.

Lo difícil es lo otro.

Lo difícil es callar cuando todo en mí quiere gritar.

Lo difícil es dejar que la verdad florezca a su tiempo.

Lo difícil es ser el monje y decir, sin ira, sin miedo:

—Así son las cosas.

Antes, me parecía un cobarde.

Ahora sé que se necesita una fuerza extraordinaria para no caer en la trampa de la injusticia. Para vencer con la verdad sin perder la paz.

Las personas más poderosas no son las que imponen su verdad, sino las que la sostienen en silencio, sin apresurar su llegada.

Sí. Así son las cosas.

Capítulo 2

アルバイト

Arubaito

Trabajo a medio tiempo

Las madres latinas siempre están preocupadas.

El ángulo caído de sus cejas no les permite mentir.

Ni siquiera en uno de los países más seguros del mundo pueden disimular su angustia.

Muchas han tenido que enterrar a los suyos.

Tal vez por eso, sus preocupaciones pesan más.

—¿Qué haces en las tardes? —preguntó Mary.

—Nada, estoy buscando qué hacer.

Acababa de terminar mi trabajo como traductor en una institución religiosa, donde pasé tres largos años como un monje zen. Ahora quería probar algo diferente.

—Pues te tengo un *arubaito* —dijo con ese tono convincente y entusiasta que solo las madres latinas saben usar.

Arubaito es una palabra alemana adoptada por los japoneses para referirse a trabajos temporales.

—¿Qué te parece si, a cambio de unos yenes, recoges a Natalie en la escuela?

Mary vive en Yokohama con su madre, la señora Pola, y su hija Natalie de nueve años.

—Sí, puedo hacerlo. Aunque no sé si sea necesario aquí...

Me refería a la seguridad en Japón, donde incluso niños de siete años caminan solos a la escuela.

—¡Oh, sí, los he visto! Con su uniforme, gorro amarillo y maleta roja. No sé cómo lo permiten, Kenji, pero me angustia mucho pensar que mi Natalie camine sola ese trayecto —respondió Mary.

—Bueno, no es exactamente sola...

Cuando llegué a este país a los diez años, me maravillaba la precisión con la que los maestros conocían mis rutas.

Sabían la puerta por la que entraba o salía; incluso si alteraba mi camino.

Una vez, decidí desviarme a un *konbini* para comprar un helado de cien yenes.

Al día siguiente, los maestros ya sabían mi recorrido.

Intrigado, recurrí a mi padre.

—Mira, muchacho, unos ojos te ven salir y otros te ven llegar. *Wakaru ka?* (¿Lo entiendes?).

Ante mi cara atónita, continuó:

—Los ojos de tu madre se conectan con los de tus compañeros, los de la señora que barre, las madres en bicicleta, los abuelos en los semáforos, los tenderos, los empleados rumbo al tren. Todos esos ojos están velando por ti.

A medida que crecí y dominé el idioma, entendí lo tangible de esa red silenciosa.

Ellos conocían mi apellido y dónde vivía.

Bastaba con saludar a una vecina o al joven de la tienda para recibir respuestas como:

—Eres el hijo de los Yokoi, ¡cómo has crecido!

—Sé que vienes de América del Sur, ¿verdad?

—Vaya, has aprendido bien el japonés.

Después de años en Japón, aprendí a distinguir entre sentirse vigilado y sentirse protegido.

Fue entonces cuando realmente pude disfrutar del país.

Por eso no creía necesario acompañar a Natalie.

Pero una madre latina no lo entendería.

Acepté el *arubaito*, y mis tardes se llenaron de historias.

Porque Natalie hablaba sin parar.

Sus enormes ojos verdes y su cabellera ondulada destacaban entre sus compañeros japoneses.

—*Ashita mo mukae ni kuru no?* (¿Mañana también vendrás a recogerme?).

Me despedía con un abrazo.

Sin darme cuenta, me había convertido en su hermano mayor.

El hospital de Kannai

Por eso fue tan doloroso cuando el doctor del hospital me ordenó con severidad:

—Debes sujetarla con toda tu fuerza para que yo pueda hacer mi trabajo.

Natalie lloraba con gritos desgarradores.

El dolor de oído se había intensificado.

El pediatra encontró un objeto extraño, pero Natalie negaba saber cómo llegó allí.

—¡*Onii Chan*, es por su bien! Si no la sujetas, no podré sacarlo.

Un doctor, dos enfermeras y una niña de ojos verdes que gritaba sin parar.

Parecía una escena de *El exorcista*.

Mi afecto por Natalie debilitaba mi fuerza con su llanto.

Así que, para no soltarla por cuarta vez, decidí ignorarla y mirar al frente, como hacía mi padre cuando una pregunta no le interesaba.

Entonces ocurrió algo que aún hoy recuerdo con dolor.

Natalie guardó un silencio sepulcral.

Aterrado, busqué su rostro, temiendo que hubiera perdido el conocimiento.

Pero fue aún peor.

Me miraba fijamente, con los ojos inundados de lágrimas.

No con rabia.

No con miedo.

Sino con una decepción profunda.

Como quien observa a un ser querido que ha traicionado.

Redención en un helado.

No supe cómo explicarle lo que pasó.

Ni mi complicidad con los médicos.

Ni cómo ignoré su sufrimiento.

Camino a casa, le compré un helado.

Como los adultos solían hacer con nosotros en Colombia después de una visita al dentista.

Natalie me perdonó con el tiempo.

Como bien saben hacer los niños.

Pero cada vez que paso frente al hospital de Kannai, esa mirada vuelve a mí.

Tal vez por eso, busco redención en una poesía triste.

Poesía triste

Mi querida niña,

no hay palabras suficientes

ni escapes posibles.

Así es la vida,

con su capricho inconstante.

Un día nos colma de sonrisas,

al siguiente nos carga con su peso helado.

No supe entonces,

no sé ahora,

cómo expresar cuánto me dolió también.

Tu mirada doliente
hirió mi alma profundamente.
Pero ahora, estés donde estés,
sé que entiendes
que hay cosas que no se explican,
solo se sobrellevan.